

# FIN

Aníbal del Rosario

Aunque la oscuridad era casi total, a excepción tal vez de una difusa franja horizontal algo más gris que el resto de la negrura, podía escuchar con claridad los murmullos del otro lado. Por encima del fuerte olor químico, alcohólico, llegaban a mi nariz notas de una madera noble. Sin ser ningún experto en carpintería, el olor me recordaba mucho al sapeli del escritorio de mi abuelo, entre cuyas patas barrocammente torneadas solía tumbarme a leer las calurosas tardes de verano. Ahora no hacía calor, todo mi cuerpo estaba sumido en un frío intenso, una intensa gelidez que... Oh, ya no puedo más con toda esta basura, esta sarta de tonterías. ¡Ya está bien! ¡Me niego a seguir! Sí, muy bien, está oscuro, huele a madera y tengo el cuerpo frío. ¿Té has dado cuenta ya, lumbreras? Pues si no, te lo voy a decir yo: estoy muerto. ¡Oh! ¡Oh, Dios mío! ¡Qué sorpresa! ¡No me lo esperaba! Si ahora mismo te estás preguntando cómo es posible que una persona muerta te esté contando que está muerta, que te describa como huele su propio ataúd, permíteme decirte que deberías leer más. Sobre todo literatura —un pedante diría «buena literatura»— del siglo XX, porque esto no es nada novedoso. Me temo que, tanto tú como yo, somos víctimas de una de esas llamadas «técnicas narrativas». Truquitos baratos, engaños viles, humos y espejos de los que se sirven los juntaletras para parecer más listos de lo que son en realidad. Yo estoy muerto y tú tienes que escuchar —leer— esta retahíla sin sentido porque alguien ha decidido que podría ser interesante. Te ahorraré tiempo: no lo es. Son todo mentiras, absurdos, desvaríos, cosas sin sentido que jamás ocurrieron y que no ocurrirán. Los muertos no hablan desde sus ataúdes, y menos aún lo ponen todo por escrito para que tú puedas leerlo. Pero bueno, ya que estamos aquí y que parece que me estás prestando atención, permite que al menos me desahogue un poco contigo. Ese tipejo ridículo, ese cuarentón fracasado, ese cuatro ojos paliducho y calvo que decidió secuestrar mi voz para sentirse interesante, trascendente, original, qué se yo, importante, ni siquiera tuvo la delicadeza de elegir otro narrador —la elegancia de una tercera, la extrañeza de una segunda—. No, quiso cometer el ultraje, la ignominia, la profanación de hacerme hablar en primera persona. No contento con esta violación, con meter su repugnante mano a través de los esfínteres de mi existencia, de mi autonomía, de mi libre albedrío, y hacerme mover la lengua y los labios al son de sus caprichos, quiso además asesinarme incluso antes de que empezara mi historia. Así que, estrictamente hablando, yo ya nací muerto, nací aquí ya dentro de esta caja de lo que creo que es sapeli —¿por qué tanta fijación con la maderita de las narices?—. Claro que, si le preguntas a él, se defenderá:

usará toda clase de argumentos para justificarse y quedar bien. El principal, seguramente, que ni siquiera la idea de esta escena primera, la mía dentro del ataúd, se le ocurrió a él. Te dirá que fue cosa de una tal Natalia, profesora de nosequé cursito para escritoruchos. Esa señora debió tener la brillante idea de buscar una imagen con un ataúd en una biblioteca de imágenes gratuitas, con la esperanza de agitar las febriles mentes de sus alumnos y ayudarlos, por una vez, a escribir algo que no fuera completamente mediocre. Eso la convierte también a ella en una cómplice de mi homicidio, y lo más terrible de todo es que yo no estaré solo: habrá por ahí, y puede que tú también los leas, otros textos protagonizados por mis hermanos y hermanas en la muerte que intentarán venderte sus terribles —infumables— historias. Es, sin lugar a dudas y sin que se pueda calificar de otra manera, una matanza. A ellos les dará igual: seguirán tecleando con sus pezuñas manchadas de sangre hasta presentar un texto del que se sientan más o menos orgullosos, que enviarán por correo electrónico y subirán a un foro de internet que solo pueden ver ellos, a la espera de recibir alabanzas: «oh, que buen texto has escrito», «oh, que interesante relato», «oh, que historia tan conmovedora». Una liturgia orgiástica de onanismo recíproco, un repugnante enaltecimiento del autobombo. Espero que no sea así, espero que todos reciban malas críticas, las peores, los unos de los otros, que se degüellen, se destripen y se saquen los ojos entre ellos tal y como se merecen: «esto es una puñetera basura, menuda pérdida de tiempo, no vas a escribir bien en tu puta vida» Y espero también que las correcciones de la profesora, esa tal Natalia, sean asoladoras, nefastas, demoledoras, como una pesada losa de granito que sepulte para siempre sus vanidosas ansias de éxito literario. Esa sería mi justa venganza, mi merecida satisfacción. En cuanto a ti, me pregunto ¿qué demonios haces aquí? ¿Qué diablos estás esperando? Porque, déjame que te lo diga, tú eres también cómplice de todos ellos. Vamos, mírate las manos y dime que no las ves pringadas de sangre. ¿Que no la ves? ¿No ves todas esas manchas rojas y coaguladas? Pues eso es porque no quieres ver. Tú eres tan culpable como ellos porque sin alguien que lea toda esta basura, esta obra literaria no existiría. Es como ese el árbol que se cae en el bosque, que si nadie lo ve, nunca cayó —y nunca existió—. Pues lo mismo. La literatura es un acto de comunicación y para que haya comunicación tiene que haber dos agentes activos, uno que emita el mensaje y otro que lo reciba. Si nadie lo recibe, no hay comunicación, no hay texto, no hay literatura. Así que sí, tú, que tan inocente te creías, observa bien mi muerte, mira bien lo que me has hecho, y trata de dormir esta noche. Seguro que lo harás, seguro que dormirás muy bien, porque eres igual que ellos —o hasta puede que seas uno de ellos, porque, en su endogámica piara literaria, se leen los unos a los otros, no de manera desinteresada, sino a cambio de que también los lean y los adulen a ellos—. De manera que, te repito la pregunta, ¿qué haces

leyendo esto? ¿Quieres que te cuente mi historia? ¿Para qué, si sabes que ya estoy muerto? ¿Acaso esperas un melodrama barato? Pobrecito, mira de qué manera tan trágica murió... ¿O acaso una historia esperanzadora de cómo, a pesar de todas mis vicisitudes, pude llevar al fin una vida plena y dejé este mundo con la frente alta y una sonrisa en los labios? ¡Basura! Todo pura basura, mierda sacada del estercolero de las mentes enfermas y psicópatas de los llamados literatos. ¿Qué sentido tiene todo esto? ¡Dímelo! ¿Para qué perder el tiempo leyendo historias de gente que jamás existió? Si me permites un consejo, tira todos los libros de ficción a la basura, préndeles fuego, y ponte a leer ensayo, historia, filosofía, artículos científicos, algo que realmente valga la pena o que al menos sea real. O mejor aún, asómate a la ventana —así te dará algo de luz, algo de viento en la cara y se ventilará esa habitación que seguro que huele a cerrado— y mira cómo arde el mundo lentamente, cómo te incineras con él mientras desperdicias tu vida con tonterías. Yo sonreiré mientras lo veo porque alguna ventaja tendría que tener que yo esté muerto y tú vivo. No me crees, piensas que estás a salvo al otro lado de la página —de la pantalla—. Pues te diré que él también lo creía. Sí, ya sabes de quien hablo —no pienso decir su nombre—. Pero con lo que él no contaba era con que, a pesar de ser mi creador, de insuflarme vida —muerte— y de hablar por mi boca como si me soplara por el culo —espero que pueda visualizar esta imagen hasta la náusea—, con lo que no contaba, como decía, es con que yo puedo ver también sus pensamientos, toda esa mierda horrible y repugnante que tiene en la cabeza. Porque esto funciona así, yo seré un personaje de ficción, un pretexto para mantener las distancias, para que él se sienta seguro, pero en realidad no tiene el control, nunca lo ha tenido; es, como todo este paripé, pura ilusión. Yo he podido mirar en ese agujero de mierda, ese pozo negro que tiene por cabeza y créeme, no te gustaría saber lo que hay dentro. Por supuesto, yo soy una marioneta y él mueve los hilos, así que tampoco puedo contarte demasiado, pero hazme caso: más te valdría mantenerte lejos de ese tipejo. De él y de los que son como él. Psicópatas, mentirosos, mentes enfermas. Te dirán que escriben por pasión, por necesidad, para expresarse, para querer decir algo, para sacarse esa historia que tienen en la cabeza, para cambiar el mundo —¡ja!, ¿has oído alguna vez algo tan ingenuo y pretencioso al mismo tiempo?—, pero en realidad, todos ellos, cada uno de ellos, sin excepción, escriben por un solo motivo: ¡Ego! E-G-O. Ellos lo adornarán como quieran, se pondrán todos muy dignos, llevándose las manos a la cabeza, indignándose, fingiendo estar muy ofendidos, pero eso es lo único que hay en realidad. Nada más. ¿Cómo se explica si no que se apresuren a poner su nombre al principio de sus textuchos? Pero, me dirás, hay muchos autores que escriben bajo seudónimo. Y sí, tienes razón, aunque contéstame a esto: ¿cuánto tardan esos autores anónimos en salir a rostro descubierto en cuanto tienen un mínimo de éxito? O, lo que es todavía más repugnante,

¿cuántos de ellos no salen en público a dar entrevistas y a recrearse en ferias asumiendo como propio su nombre ficticio? No, no encontrarás entre toda esa caterva de ególatras monomaniacos, que es la subespecie de los escritores, ni uno solo que no quiera brillar como una estrellita una noche de verano. Y quien diga lo contrario te puedo asegurar que miente. De hecho puedo ilustrar con un ejemplo que tenemos bien cerca a dónde llega su narcisismo. ¿Te has fijado en el nombre que aparece al principio de estas líneas, justo debajo del título? Venga, mira más arriba, que está ahí cerca, y tampoco te vas a herniar. ¿Lo ves? Sí, el muy imbécil de mi denostado ventrílocuo, de mi torturador y de mi asesino, a pesar de soltar por la boca toda esta ristra de sapos y culebras sobre su profesora y sus compañeros —o acaso pensabas que todo esto, en realidad, lo decía yo, cuando a mi todas esas personas me dan exactamente igual; espabila: ¡estoy muerto! ¡Ni siquiera existo!—, no duda en poner su propio nombre ahí arriba, en letras algo más grandes que las del cuerpo del texto, pero no tanto como las del título, y en un segundo lugar, para tratar de disimular su vanidad, pero ¡no engaña a nadie! De todas formas, no pienso seguir hablando de ellos ni de él, porque no lo soporto más. Aquí tienes la basura de historia que habías venido a buscar, espero que te aproveche. No, no es verdad, más bien espero que se te indigeste. Ah no, que me faltaba decir algo más, espera:

FIN

Si por lo menos con el final terminara mi sufrimiento, pero no, porque resulta que, aunque tú cierres ahora estas páginas, si no lo has hecho ya —en serio, ¿por qué demonios sigues leyendo esto?—vendrá otro imbécil u otra imbécil y tendré que repetirle exactamente la misma cantinela. ¡La misma! Palabra por palabra, coma por coma, hasta quedarme seco. Así una y otra vez. A no ser que corra la misma suerte que el resto de ridículos folletines, vulgares panfletos, insulsas y aburridas creaciones de mi Frankenstein particular, que han acabado todas y cada una de ellas guardadas en un cajón —digital, pero cajón al fin y al cabo—. Así que tal vez debería estar tranquilo porque, visto así, probablemente podré descansar en paz de verdad, metido en mi caja de sapeli.